

# EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO IX—T. IX

San Salvador, Domingo 6 de Octubre de 1889

| S. XXXIV—N. 404

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

**José Antonio Aguilar.**

AGENTE GENERAL

**Federico Prado.**

## LAS MAGNIFICENCIAS DE MARIA.

### IV.

## María, Refugio de los pecadores.

Ella es nuestra única esperanza después del pecado.

El hombre pecador conociendo su extravío al hollar la eterna ley, vuelve sobre sus pasos: las amargas lágrimas del dolor sùlcan sus mejillas, y su corazón presa de crüeles remordimientos, y su inteligencia aterrada por la ingratitude del pecado, le presentan ante su vista al airado Juez de cuya mano ya se desprende el rayo vengador! La penitencia, tabla salvadora después del naufragio, es su única esperanza para recuperar el bien perdido; la contrición moverá á piedad á Dios, y la sangre de Jesús derramada sobre el Gólgota lavarà la mancha.

Mas para solicitar este perdón busca un ángel que le cubra con sus alas, al presentarse humilde y arrepentido ante la terrible faz del Eterno; desea un medianero que tenga cerca de Dios un valimiento especial, y que al mismo tiempo profese hácia el hombre un amor sin medida. Y este mediador existe! He aquí uno de los destinos más augustos de María, he aquí su imperio, el más dulce de los reinados, que atrae sobre Ella las mil bendiciones de labios agradecidos, que celebran á su abogada é intercesora con entusiasmo indecible.

Madre de Dios y de los hombres á un tiempo, reúne en su persona con estas dos prerrogativas, las esenciales cualidades necesarias para realizar tan hermoso destino. ¿Qué negará un hijo á su madre?: la dulce mirada de María es potente para trocar el airado rostro del Juez en la faz benévola del misericordioso Padre que perdona los extravíos, y hace caer sobre el desgraciado pecador el torrente de la gracia, inundando su corazón de celestiales consuelos y gratas esperanzas. Necesitábase también de parte del mediador el afecto hácia los hombres culpables, y María posee nada menos que el sublime amor materno para escuchar la súplica del hijo arrepentido, que vuelve sus ojos bañados en lágrimas hácia su Madre, para mover su corazón á fin de que interceda por él cerca de Dios.

María es pues para todos los hombres el ánora de la esperanza, porque, ¿quién es el hombre que pueda gloriarse de no haber pecado? ¿quién lleva la blanca estola de la inocencia sin mancha, y la cándida ves-

tidura sin arruga? Así lo comprende el Cristianismo todo, cuando de los ángulos de la tierra le eleva cual nube de suave incienso hácia el trono donde impera la humilde Hija de Judá, esta plegaria mil y mil veces repetida:—“*Refugio de los pecadores, ruega por nosotros.*” invocación que atrae sobre los míseros hijos de Eva el suave rocío de la gracia y el ansiado perdón, que les vuelve de nuevo á colocar entre los amigos de Dios.

En la historia de los Padres de dos grandes Familias religiosas, refiérese un hecho que sintetiza cuanto hemos dicho antes.

Estando en Roma una noche en oración el Apóstol del Rosario, Santo Domingo de Guzmán, vió á Jesucristo irritado contra el mundo, y ya en sus manos los fulgurantes rayos que le herirían con todo el peso de la Justicia eterna. Mas entonces María, la Madre del Señor y Madre de los pecadores, acercóse al Eterno Juez y le mostró para aplacarle á dos hombres; en el uno se reconoció á sí mismo el Patriarca de los Predicadores, el otro le era desconocido. Pero el siguiente día, en un templo de la Ciudad Eterna, vió á un pobre mendigo que era el otro personaje de la visión: un estrecho abrazo unió á Francisco y á Domingo para siempre, beso de amistad que conservan vivo las dos nobles Familias de quienes fueron Padres. Jesús se aplacó y los rayos murieron en sus manos, gracias á los ruegos de la Virgen.

Esa Mujer bendita, portento de la diestra del Excelso, obra la más acabada que salió de las divinas manos, no se contenta con interceder cerca de Dios por los pobres pecadores, que la invocan como su abogada para alcanzar el perdón. Nó, va aún mas allá en esa manifestación de su cariño maternal hácia los hombres, á quienes mira como á hijos muy queridos. Ruega también, y eleva sus plegarias por aquellos desgraciados que ni de Ella ni de su eterna salvación se acuerdan. Suplica porque un rayo de gracia hiera la inteligencia y el corazón de los que, sentados en las tinieblas del error, ó teniendo por norma de su vida los vicios, caminan á pasos agigantados á una perdición sin remedio, y en quienes nunca ha cruzado por su mente la santa idea de volverse hácia su Redentor, para restaurar el edificio de la virtud caído por el pecado, y hacerse dignos de su patria la gloria.

Mil y mil ejemplares pudiéramos presentar de esta maternal piedad de María, pero ¿para qué aducirlos, cuando demasiado nos lo prueba esa gloriosa institución que se ha extendido por todos los países de la tierra, cual árbol fecundo, para implorar del Corazón inmaculado de la Corredentora del género humano la conversión de los pecadores; institución que tam-

bién nos convence hasta la evidencia, de la piedad con que María escucha los ruegos de quien la invoca como medianera para obtener el perdón y de su valimiento cerca de Dios, ante quien se presenta como Madre para alcanzar esta inestimable gracia? Recordemos con ojo escrutador la historia de esta moderna maravilla, la Archicofradía de Nuestra Señora de las Victorias, y confesaremos con el convencimiento en la inteligencia y con la esperanza en el corazón, que María es sin duda alguna el *Refugio de los pecadores*.

Trescientos años antes que la imagen de Nuestra Señora de las Victorias recibiese el brillante culto que la Archicofradía le tributa en París, la Virgen sin mancha había dado el modelo, pues la Madona de Savone no fué un capricho del artista. Un sábado, 18 de Marzo de 1536, en el Pontificado de Paulo III, Antonio Botta, labrador de la aldea de Saint-Bernard, distante una legua de Savone en Italia, vió una gran claridad que bajaba del cielo; y de enmedio de esta luz, oyó salir una voz que le dijo: — “No temas, yo soy la Virgen María; dí á tu confesor que ordene al pueblo ayunar tres sábados: tú comulgarás, y el cuarto sábado volverás á este sitio.” El labrador Botta cumplió cuanto le prescribiera aquella milagrosa voz; y el día y en el sitio designados, se le apareció la Madre de Dios vestida con ropaje y mantó blanco y una corona en la cabeza, diciéndole que anunciara á los fieles penitencia, pues estaba muy próxima á caer sobre ellos la cólera de su Hijo. Otra tercera vez se le apareció la Virgen, ordenándole que fuese á Savone y exhortara al pueblo á hacer penitencia. Hízolo Botta, los predicadores subieron al púlpito, anunciando las maravillas de la Madre de Dios en aquellas apariciones, y el valle de Saint-Bernard cambió de aspecto moral. Todos los años, el 18 de Marzo, aniversario de la aparición de la Virgen, celebraba con tal motivo una solemne fiesta la soberbia República de Génova, realzada por una bula de Paulo III expedida el 4 de Agosto de 1537, que ordenaba está solemnidad. Tal fué el origen de la Madona de Savone, de quien es copia Nuestra Señora de las Victorias de París. ¡María siempre solicitando de Dios el perdón de los pecadores, María siempre exhortando á los pecadores á hacer penitencia!

Veamos ahora el enlace de aquel acontecimiento con la famosa parroquia de París, tan renombrada en nuestros tiempos. Luis XIII gobernaba la Francia, cuando los Agustinos descalzos estaban tan pobres, que el pueblo les llamaba los *Petits-Pères*, por lo mal alojados que vivían. En 1628 adquirieron aquellos Padres el terreno donde hoy se ve la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, y suplicaron al Rey que se dignara ser su fundador. Luis XIII no solo aceptó la petición de los Agustinos, sino que, en reconocimiento de la toma de la Rochelle, último baluarte del calvinismo en Francia, y por consiguiente triunfo completo sobre la herejía armada, quiso consagrar un templo á María sobre aquel lugar y por esto se llamó “*Nuestra Señora de las Victorias*.” El segundo domingo de Adviento, 9 de Diciembre de 1629, Luis XIII rodeado de toda su brillante Corte, puso la primera piedra que bendijo el Arzobispo de París, y ofreció á la Virgen aquel templo que comenzaba á edificar en su honor, en la heredad de los Agustinos.

Entre los miembros de la comunidad de aquellos religiosos había un pobre lego, el hermano Fiacre, de quien se refieren muchas revelaciones ligadas al nacimiento de Luis XIV, y á otros sucesos importantes de la historia de Francia; fué á Italia, y concibió el proyecto de transportar á París la devoción á la Madona de Savone, persuadido de que María se mostraría en su patria *Refugio de los pecadores*, así como se había manifestado tan visiblemente en la República de Génova.

Resolvió colocar la Virgen de Savone en Nuestra Señora de las Victorias. Al efecto dirigióse á la Reina-Madre, Ana de Austria, con quien tenía suma confianza y la dijo: — “Señora, una Reina extranjera os pide hospitalidad en vuestro Reino para colmarle de bendiciones.” ¡Palabras proféticas, cuyo cumplimiento ha visto realizado el siglo XIX! Ana de Austria prometióle edificar una capilla en su iglesia de Nuestra Señora de las Victorias, mas la muerte impidióle cumplir esta promesa, dejándole el encargo á su hijo Luis XIV. En efecto el Rey llenó el mandato de su Madre, cuando en 1674 Colbert, por sus órdenes y según los planos de Claudio Perrault, hizo construir la capilla que hoy es de la Archicofradía y donde se colocó la estatua que en ella se venera hasta nuestros días.

El hermano Fiacre vió cumplidos sus deseos, y fué á prosternarse ante la estatua de la Virgen, pidiéndole: — “Que ya que su imagen se había colocado en aquella iglesia por una providencia particular, fuese el *Refugio de los pecadores*, concediendo á los franceses las mismas bendiciones que Ella anunciara un día al pueblo de Savone.” El hermano Fiacre estaba destinado por la Providencia, á sembrar todos los gérmenes de la grandiosa Archicofradía, dos siglos antes de su existencia; hasta las plegarias por la conversión de la Inglaterra, que con tan feliz éxito han resonado en nuestros tiempos bajo las bóvedas de Nuestra Señora de las Victorias, él, primero que nadie, las hizo en el propio lugar ante la Madona de Savone; pues por encargo de Enriqueta de Francia, esposa de Carlos I de Inglaterra, oraba por los hijos de esta Reina, y después por la conversión de aquella *Isla de los Santos*, víctima de los errores de Lutero y de Enrique VIII.

Tales eran los gérmenes de una famosa institución, sembrados en Nuestra Señora de las Victorias de París. El tiempo había llegado en que, adquiriendo lozanía, mostrasen al mundo sus preciosos frutos, y que el que los reveló era digno del sembrador, por cuanto uno y otro eran hombres oscuros. El uno un pobre lego, el otro un humilde Sacerdote; y entre los dos, las humeantes ruinas de la Revolución francesa, como para demostrar que á Dios nada le es imposible, y que escoje los peores tiempos y los hombres más inadecuados, para realizar las obras de su diestra.

En el centro de la populosa París levántase el templo parroquial de Nuestra Señora de las Victorias, rodeada de los edificios más en contraposición con la piedad por su destino: *Palais-Royal* y la *Bolsa*, el placer y el interés, son sus vecinos, y rodéale un barrio de la elegancia más culta del siglo XIX; esa elegancia que vive entre el baile de hoy y el concierto de mañana, entre la ópera y la comedia, entre el billete de banco y las fluctuaciones bursátiles, entre el “Diario” y las esquelas perfumadas. Tal fué el lugar que Dios escojió para hacer brillar la misericordia y la bondad nunca desmentida de María, como queriendo dar al mundo una ruidosa manifestación de la gracia; esa gracia que hizo en San Agustín, de un obstinado hereje, el Águila entre los Doctores de la Iglesia, y un solemne testimonio de cuán eficaz es la intercesión de la Virgen para alcanzar la conversión de los pecadores.

No era de extrañar que el buen corazón de Carlos Eleonor Dufriche Desgenettes se afligiera y contristara por el estado de su parroquia, pues ¿qué se podría esperar de aquel barrio, donde reinaban á sus anchas y sin freno el amor de los placeres y el amor de las riquezas?; ¿qué tenía de raro, en vista de tales circunstancias, el que los feligreses de Nuestra Señora de las Victorias nunca penetraran por las puertas del templo, y éste permaneciera siempre desierto en contraposición de sus vecinos los teatros, salones y

bancos? Aislado como el desterrado en lejanas tierras, veía bullir al rededor las muchedumbres mundanales con sus orgías y escándalos, con sus espectáculos corruptores y sus palabras impías, y lloraba desolado aquel Sacerdote en quien el celo por la salvación de las almas se había encarnado como en el corazón de un apóstol: su llanto no fué estéril y su confianza en María no fué vana. Los gérmenes sembrados dos siglos antes por el hermano Fiacre, iban, gracias á aquel corazón sacerdotal, á brotar fuertes y lozanos, en el famoso templo que la piedad de Luis XIII erigiera á María, como un ex-voto de la victoria obtenida sobre los herejes. ¡Victorias inmortales eran aquellas, y victorias no menos inmortales eran éstas!

El 3 de Diciembre de 1836, Carlos Eleonor Dupriche Desgenettes celebraba el Santo Sacrificio de la Misa sobre el altar precisamente de la Madona de Savone, y en la capilla que ordenó erigir Luis XIV en cumplimiento de la última voluntad de su Madre, en Nuestra Señora de las Victorias de París. En medio de su aflicción y sus dolores, el pensamiento de aquel Sacerdote súbitamente concibe allí, en aquel altar, una idea inspirada por Dios; idea que desde el principio le persigue, por más que procure desechar de sí como impropia del sacrosanto acto que celebraba. ¡Quizás la sombra del hermano Fiacre vagaba á su alrededor; quizás la Madona de Savone se sonreía ante su apóstol! Ello es que logró desechar el pensamiento al fin, y pudo continuar la Misa sin aquella distracción que tan fuertemente hacía divagar su espíritu. Consagrar su parroquia, aquella parroquia ó barrio desmoralizado y desmoralizador, al Corazón inmaculado de María para la conversión de los pecadores, he aquí la sencilla idea que el Cielo le inspiró. Se había olvidado ya de ella, cuando habiendo terminado la celebración de la Misa, de nuevo ese pensamiento de tan fecundos resultados se le presenta, no como una idea que cruza por la mente, sino fuerte, avasalladora, á la cual no es dado resistir. Carlos Eleonor tiembla, su voluntad es ya impotente para contrariarla, está por completo dominado. "No puede negarse que cuando es una devoción á la Santísima Virgen, ¿quién sabe si producirá algún buen efecto?, poco cuesta el probarlo y hacer un ensayo," se decía el celoso Párroco, y al instante se le presenta todo el plan de una Asociación de plegarias, para impetrar de María la conversión de los pecadores. Escribe los estatutos, los somete al Arzobispo de París y éste los aprueba, accediendo á su publicación y á ponerlos en práctica; los preparativos estaban consumados.

El domingo 11 de Diciembre de 1836, el piadoso Párroco anuncia en la Misa mayor, que á las siete de la noche se instalaría aquella nueva devoción; vaciló durante el día entre el temor y la esperanza, pues las circunstancias no prometían la asistencia de sus feligreses, aunque aquella obra estaba consagrada á María. Al fin llegó la hora del ejercicio, y recibió una agradable sorpresa al ver tan gran número de personas, como concurría á aquella pública plegaria por la conversión de los pecadores. Esta sublime súplica: "*Refugium peccatorum*," resonó por vez primera en Nuestra Señora de las Victorias de París, cantada con laudable fervor, entre tanto que Carlos Eleonor postrado ante la imagen de María suplicaba diciendo: "Oh tierna Madre! Vos salvaréis á estos pobres pecadores que os aclaman su refugio: ¡Oh María! adoptad esta piadosa devoción." Y entonces se ocurrió solicitar de la Virgen inmaculada una prenda, un signo, que atestiguara á él y á las generaciones venideras, que María había aceptado la institución de aquellas humildes plegarias públicas, de que las había aeojido con agrado y puesto bajo su

protección; este signo era la conversión de un impío á quien conocía demasiado el Párroco de las Victorias. Y María le dió la señal pedida; he aquí como lo refiere el mismo Desgenettes.

"El pecador que yo había designado era un anciano, el último Ministro del mártir Luis XVI; se había dejado seducir por los errores de los pretendidos filósofos del siglo XVIII, y había abandonado desde su juventud toda práctica religiosa. A pesar de su avanzada edad de más de ochenta años, ciego y enfermo de algunos meses, conservaba sin la menor alteración sus facultades intelectuales; y jurisconsulto profundo, era todavía el consejero de un gran número de familias, cuyos negocios dirigía. Diez veces había yo tocado á su puerta, y otras tantas se me había negado la entrada; pero quise presentarme de nuevo el lunes 12 de Diciembre, como lo había acordado en nombre de María; y aunque también esta vez se trató de despedirme, logré por fin que se me introdujera.

"Después de algunos momentos de conversación de pura cortesía con el antiguo Ministro, me dice éste sin rodeos: "*Señor Cura, ¿tendréis la bondad de bendecirme?*" Inmediatamente lo hice, y añadió él mismo estas palabras: "*Vuestra visita sea para mi bien, Señor Cura; yo no puedo veros, pero percibo vuestra presencia: desde que estais á mi lado, disfruto una paz, una calma y un gozo interior cual jamás había gustado.*" Desde aquel momento, ya no me fué difícil hacer oír la palabra de salud eterna á esta alma, en quien obraba la gracia de una manera tan sensible: no dejé pues al enfermo, hasta que había terminado su confesión, y el Señor colmó su alma de gracias inmensas, de las que tuvo la dicha de aprovecharse usándolas con fidelidad. Prolongóse su vida hasta el 10 de Abril de 1837, consagrando todos los días que siguieron al de su confesión, á los sentimientos de fé, de una dulce confianza en la misericordia de Dios, de dolor de sus pecados, y de amor y sumisión á la voluntad divina."

La santa Obra emprendida había sido aceptada por María, y presto el aspecto de aquella parroquia se cambió del todo. En los registros de la Archicofradía se inscriben nombres por centenares; en la próxima Pascua reciben la Comunión de precepto en Nuestra Señora de las Victorias, nueve mil personas; y tres años mas tarde, con motivo de la misma solemnidad, diez y nueve mil más, entre tanto que aquellos irreligiosos feligreses de otra época, frecuentan el templo que antes no visitaban. Se hizo costumbre el solicitar la conversión de especiales pecadores en los ejercicios de la Archicofradía, y muy luego se vieron conversiones asombrosas, no solo en el seno de la Francia, sino también en el extranjero. Príncipes, nobles, notabilidades de todo género, así incrédulos como protestantes, volvieron unos y entraron otros en la Iglesia, y practicaron las cristianas virtudes, gracias á aquellas oraciones. Las filas de la impiedad y la herejía se diezaban por aquellas sencillas plegarias, y el infierno debió bramar de coraje al contemplar una Asociación que, capitaneada por María, se consagraba á arrancar almas de su poder.

Gregorio XVI, por los ruegos del Párroco de Nuestra Señora de las Victorias, erigió en Archicofradía la piadosa asociación, no solo para la Francia, sino para todo el mundo cristiano; extendiéndose bien pronto no solo por el suelo de la feliz Nación que la vió nacer, sí que también atravesando sus fronteras, colocó sus sucursales bajo todos los climas de la tierra. Arzobispos y Obispos, párrocos y simples fieles, se hicieron apóstoles de aquella Obra maravillosa, cuyos prodigios se cuentan por millares. Ni el lenguaje, ni las costumbres, ni los mares, ni las montañas,

nada fué capaz de contener esa milagrosa expansión, que atravesaba los océanos y los desiertos obteniendo conversiones que asombran, por medio de las súplicas y oraciones de tantas almas, que en la Archicofradía invocan la intercesión de María. Aquellos prodigiosos triunfos de la gracia, obtenidos por medio de la Madre de Dios, vienen á corroborar esa dulce confianza con que la invocamos, llamándola el *Refugio de los pecadores*.

Conociendo el célebre Cardenal Wiseman la eficacia de las oraciones de la Archicofradía, estando en París, suplicó al Párroco de Nuestra Señora de las Victorias, que en los ejercicios de esta piadosa Asociación, se solicitara de María la conversión de la Inglaterra, en la cual era Primado de la Iglesia Católica. El Párroco puso en práctica esta petición, y cuando regresaba á Londres aquel Ilustre Purpurado, sesenta doctores de las antiguas y famosas Universidades de Oxford y de Cambrige abjuraron los errores protestantes y se convirtieron al catolicismo. Contábase entre ellos á Newman, el actual Cardenal; el famoso Faber, Sacerdote del Oratorio, cuyas obras son tan leídas en nuestra época; Oakeley, Marshall, Astou Coffin, Jorge Falbot, Formby, Seager y Morris. Mas tarde, vienen á aumentar este prodigioso catálogo, Maning, otro Purpurado de la Santa Iglesia Romana y Primado de Inglaterra; Lord Ripón, el ex-virey de la India, y otras muchas notabilidades. Estos hechos, que aún continúan, venían á cumplir otro acto profético del hermano Fiacre, y á constituir una costumbre universal de la Archicofradía, al mismo tiempo que con el ruido de tales acontecimientos se probaba una vez más, la solicitud de María por los pecadores y su inmenso valimiento cerca de Dios, para que Él derrame sus gracias sobre los hombres extraviados de la senda de la verdad y encenegados en los vicios.

Desde los días de aquellas ruidosas conversiones, la piadosa Archicofradía arranca palmo á palmo á la Inglaterra de la herejía: hoy gana una alma con sus plegarias, mañana otra, y cada año á una porción notable de los hijos de la patria de los Santos, cuya antigua gloria oscurecieron el repugnante Enrique VIII y la crüel Isabel. No importa cuándo, pero el porvenir cantará la gloria de María, pues á ella se deberá la vuelta de la Inglaterra á la Unidad católica, de la que le arrancaron los extravíos de sus Monarcas obscenos é impíos.

Hoy mismo acontece un suceso prodigioso: entre el recinto de San Pablo de Londres, ó como quien dice en el centro oficial del protestantismo, levántase una estatua de María, cuya frente circunda la aureola de los bienaventurados! No la fué á colocar allí la piedad católica; manos protestantes han levantado ese monumento, por una disposición de los ministros de la secta, sin protesta, de parte de sus corifeos. ¡Dios mío, que hacéis!: ¡el siglo de los prodigios, el siglo en que los milagros morales, mil veces más grandiosos que los milagros materiales, se repiten con pasmosa prodigalidad, como para dar un mentís á cada instante al incrédulo y al impío, registrará en sus anales este portentoso más, que parece pronosticarnos que ya se acerca el cumplimiento de la atrevida profecía del Conde de Maistre!

El protestantismo, cuyo odio á las imágenes fué como ingénito, que las proscribió siempre en absoluto de sus templos y hogares, gritando con rabia que el venerarlas era idolatría; él, que con furia bandálica las hizo pedazos hasta el grado de borrar casi por completo el genio del arte allí donde dominó; hoy viene á colocar la estatua de María en su centro oficial, en San Pablo de Londres! Qué más se quiere? Sí, hay más: aquella es la imagen de la Virgen, del *Refugio de los pecadores*, á quien el protestantismo ha visto du-

rante los siglos de su existencia como una Mujer, merecía menos á sus ojos que Lutero; sin venerarla, sin honrarla, despreciando á la Madre de Dios, considerando inútil su patrocinio y amparo, sin invocarla jamás, y condenando siempre con furor su culto!

Todavía ha hecho más: ha colocado al lado de la estatua de María, la imagen de Magdalena en San Pablo de Londres; aquella otra mujer que sintetiza, que es como el tipo del pecador santificado por las lágrimas y el arrepentimiento, de suerte que la penitencia no solo le restituye su dignidad de hijo de Dios, sino que le canoniza, pues que dijo Jesucristo de ella, *que se le perdonó mucho, porque amó mucho; y que donde quiera que fuese predicado el Evangelio, se contaría en su alabanza lo que hizo!* ¡Mirad cómo la mano del Señor dirige los acontecimientos; el protestantismo no escogió á otro Santo sino á Magdalena, tipo del pecador arrepentido; y al lado de Aquella que es el *Refugio de los pecadores*, que llama á los sectarios á la unidad de la Iglesia con todo el amor de su corazón matenal, brilla la imagen de la arrepentida de Magdalo! ¡Inglaterra vuelve al Catolicismo por María, y vuelve á pasos agigantados: ya levantó las estatuas del Refugio y del pecador arrepentido!

Y si escucha las plegarias que otros la dirigen por la conversión de los pecadores, ¿por ventura desechará María las oraciones que, en su profundo abatimiento, la elevan los hijos de perdición cuando conocen su extravío y solicitan el perdón? ¡Ah! nó: siempre benévola, emplea su patrocinio en tan caritativo objeto. Es la tabla salvadora después del naufragio, el ánora de la esperanza, el iris de paz que anuncia el tiempo bonancible, el ansiado puerto á donde se acoge el pobre náufrago; en una palabra, como la Iglesia la canta, el *Refugio de los pecadores!*

Esta es pues una de las glorias más características de María: la enaltece de una manera sublime, porque es la solemne manifestación de su poder y grandeza en el Cielo; la enaltece también, porque es la más convincente prueba del puro amor que abriga su corazón por los hombres. Nunca podré olvidar la última estrofa de un himno, que de maravillosa manera sintetiza este pensamiento:

Y en las iras de Dios, les esconde,  
Y le grita, al sonar la explosión;  
—“Son mis hijos, ¡piedad!” Y Él responde:  
—“¡Son tus hijos? ¡Piedad y perdón!”

¡Qué poder el de María en el Cielo!, su palabra sola basta para contener en la mano del Eterno el rayo vengador que herirá al culpable, ese culpable que, hijo de María, su sola filiación es bastante para que la espada de la eterna Justicia pase sobre él sin herirle!

Y cuánta debe ser, en vista de esto, nuestra gratitud hácia María?; tanta, cuanta quepa en la pequeñez humana, no solo por los beneficios ya recibidos, sino también por los que en lo sucesivo nos prestará; pues, débiles como la caña agitada por el viento del desierto, frágiles cual vaso de barro en manos del alfarero, ¡ay!, el huracán de las pasiones es probable que tronche nuestra efímera grandeza, y que de nuevo tengamos, gracias al Cielo, que acojernos al *Refugio de los pecadores!*

JESÚS FERNÁNDEZ.

## La filantropía de los mandiles.

COLABORACIÓN.

Dícese por allí que los argumentos del Dr. Reyes en su Refutación *son de acero*; pero, benévolo lector,

si te detienes un poco à examinarlos, vereis que no son pero ni de almíbar, como los del H.: Castelar, que siempre lleva al brazo la canastilla de flores para esparcir las en cuanto habla y escribe; son de alambre y de alambre un poco delgado. Pasemos à juzgar algunas de tantas proposiciones enunciadas en el citado folleto, pues razonar sobre todas ellas sería cosa de nunca acabar.

Hay grados en la Masonería, y grados en que poco à poco se vá iniciando à los masones; hay secretos en cada iniciación, tanto que un masón de bajos grados, como dice el Dr. Reyes que lo era Leo Taxil, no podía haber recibido la revelación del Grado 33°, 32°, 31°, 30°. ¿Es cierto ésto?; el Dr. Reyes, en todo su folleto, no niega la existencia de los grados, las iniciaciones, las ceremonias sean ó nó ridículas, sean ó nó las que dijo Leo Taxil: hay grados, revelaciones, iniciaciones, ceremonias; esto no lo contradice el Doctor, y tan no lo contradice, que al examinar lo que dijo Taxil del grado 30°, cuando los Grandes Jueces y Gran Maestro hablan al candidato, lo toma como arma en defensa de la secta. Conste pues esto, y conste también que él ha dicho, el Doctor, que toda sociedad, y sobre todo religiosa, tiene ritos y ceremonias, y que no se venga Taxil à criticar à la Masonería el que los tenga, pues que entonces hay que criticarlas à todas; muy especialmente cita à este propósito sacerdotes indios, egipcios, levitas, augures, &, &, &.

Si la Masonería no es pues mas que una sociedad benéfica dedicada à la filantropía, talvez à la diversión; que no es religiosa, que no es política, que no es nada mas que una reunión de hombres honrados, que aspira à hacer el bien entre sus semejantes, si esto es así, cabe preguntar: ¿à que fin grados, iniciaciones, secretos y complicadas ceremonias, comparables ya à las religiones, al sacerdocio de romanos, griegos y egipcios? ¿Para qué se necesita todo este talco para ejercer la filantropía? A qué vienen esos grados y esa parodia de ordenación, como imitando à la Iglesia, que no es sociedad filantrópica, sino una religión en toda forma, con doctrina, con culto, sacramentos, gerarquía?

Y cuidado que à cada grado acompaña un secreto, pues, según dice el Dr. Reyes, el masón de infimos grados como dice que sería Taxil, no podía saber lo que el grado 33°, como él, que, según parece, *lo sabe todo*. Luego entonces esto ya parece sacerdocio egipcio, ó secta de maniqueos, de gnósticos, de discípulos de Manes, de albigenses; pues que Religión como la Católica, por ejemplo, no usa, no consiente, no permite secreto alguno al Obispo en cuanto à doctrina, que no lo sepa la última mujercilla con tal que quiera saberlo; es uno el símbolo para todos, todos aspiran al mismo fin por los mismos medios; y si hay grados en las órdenes, estos no se confieren con iniciaciones de secretos, lo mismo sabe de su Fé al alcólito que el presbítero; otro tanto podemos decir del protestantismo. Pero iniciación, grados con secretos y revelaciones distintas à cada uno, esto hace entrever, haciendo caso omiso de Taxil y de cuantos han escrito sobre la materia, que la tal Masonería es una digna sucesora de maniquos, gnósticos y albigenses, sociedad secreta religioso-política, y no sociedad filantrópica.

Las colonias extranjeras en todas las Naciones, generalmente hoy, forman y sostienen sociedades benéficas, que carecen de rituales y ceremoniales, que tienen un sencillo reglamento en donde no aparecen ni grados, ni revelaciones, ni secretos, ni misterios; las rige un Presidente, nombran un Secretario para levantar las actas y un Tesorero para recolectar los fondos, y hecho esto procuran socorrer à los paisanos como les

es posible. Hay otras que no son de extranjeros, y se dedican por ejemplo à la caridad socorriendo à sus prójimos, ya con especies ya con dinreo; fundan hospitales, sostienen asilos para la niñez desvalida, para los ancianos, pagan la enseñanza para preservar à los jóvenes de la corrupción; pero ellas no emplean otros medios de conservación, que los mismos empleados por las sociedades benéficas de extranjeros. ¿Y para que habían de emplear otros, ya que no los necesitaban, y sería acumular inutilidades y verdaderas ociosidades ocuparse de andar jugando à la gallina ciega, cayendo sobre colchones, inmolando carneros, desvainando espadas, como aseguran lo hace la Masonería?

Otras sociedades hay dedicadas à la piedad, à la propaganda religiosa, pero ellas carecen de secretos y de grados; son asociaciones que todo el mundo puede juzgar y no se rijen de otra manera que las sociedades de caridad, de beneficencia.

¿Y para qué habían de andar ellas tampoco à puertas cerradas, haciendo andar à sus neófitos sobre pisos movedizos para hacerlos caer en algo que semeja un precipicio, romper con su cuerpo un gran papelote afianzado en un aro, beber en la mesa à compás llamando à aquel acto *batería*, y dando à las botellas y copas nombres que no son los usuales entre todos? ¿A qué venían estas mogigangas?

Y pasemos à las sociedades de recreo. No se ha sabido hasta ahora que ningún Papa haya lanzado una encíclica contra el *sport* inglés, ni contra las sociedades de tiro alemanas, ni contra los osfeones franceses; no se ha dicho que ningún Obispo haya condenado las sociedades de natación, de juegos de pelota, y de otras diversiones lícitas y honestas, que por cierto en sus actos no guardan ningún secreto; y si San Pío V por una Bula condenó las corridas de toros, y muchos obispos antiguos y modernos han tronado contra ellas, és porque son diversiones bárbaras y crueles, impropias é ilícitas para un católico, como à su vez los Santos Padres condenaron los juegos del Circo allá en su época; y por cierto que à pesar de la barbaridad de tales diversiones, allí no había secretos, ni grados, ni iniciaciones.

Se dirá que la Masonería es una sociedad benéfica internacional?; bien, busquémosle una similar en esa portentosa Cruzada del Cardenal Lavigiére, sucesor de san Cipriano, Arzobispo de Cartago, Primado de África, promovida por Su Santidad León XIII, y cuyo objetivo es impedir la trata de esclavos. El Cardenal vá predicando de ciudad en ciudad ante auditorios de seismil personas; vá constituyendo comités en todas las Naciones, que se dedican à inscribir socios que trabajen con su dinero, con su influencia, con sus escritos, en beneficio de la idea propuesta. Nada de secretos, todo lo contrario, una publicidad inmensa; nada de grados, nada de iniciaciones; todo à la vista de todos. El Papa no la condena, la provocó; los obispos la propagan, la protejen, la recomiendan; la prensa la ensalza; los gobiernos la aceptan, ménos el de Turquía por no convenirle à sus súbditos, y el de Italia por ser una idea que concibió el Pontífice. Y ya se trata también de un gran Congreso internacional anti-esclavista, que ha provocado el ilustre Cardenal, y en el que no habrá ningún secreto.

¿Lo oye el Doctor Reyes?, pues para hacer el bien no se necesitan las bambalinas de la Masonería!, ni la filantropía de los grados, ni las tinieblas de las iniciaciones, aunque sea una sociedad internacional de la Civilización católica, que iniciada por el Papa, vá à librar la última batalla à los cazadores de esclavos en el centro del África!



## SECCION DE LO INTERIOR.

**Mes de Octubre.**—Las encíclicas del Sumo Pontífice León XIII y sus Breves apostólicos, relativos á la consagración del mes de Octubre á la Santísima Virgen del Rosario, son muy conocidos del clero y fieles de esta Diócesis, así como los diferentes decretos de las Sagradas Congregaciones respectivas determinado los actos piadosos, que deben hacerse durante él en todas las Catedrales y parroquias del mundo católico.

Además, las varias Pastorales que nuestros Prelados locales han publicado en diferentes ocasiones con este objeto, así como muchos y muy importantes artículos de la prensa religiosa sobre este asunto, han sido reproducidos en "El Católico," especialmente en los números correspondientes á Octubre de los años anteriores.

Por esta razón cree innecesario repetir su publicación en este año, y se limita á recomendar solamente á sus suscritores la lectura ó recuerdo de esos importantísimos documentos, para que con mayor piedad y devoción honren á la Reina del cielo durante este mes, conforme á los mandatos y recomendaciones de la Sede Apostólica.

Pero "El Católico" no puede dispensarse de ofrecer á la Santísima Virgen en este domingo, día de la fiesta principal del Santo Rosario, el humilde homenaje de su amor filial. Y cree no encontrar testimonio mejor de ese homenaje que el magnífico artículo, escrito por uno de sus más distinguidos colaboradores, el señor don Jesús Fernández, con el título hermoso de "*María, refugio de los pecadores.*" Lo coloca en el primer lugar, que le corresponde no solo por la excelencia del asunto que trata, sino además por el gran mérito religioso, científico y literario, que caracteriza á todos los escritos de tan eminente literato y católico verdadero.

**Oficios religiosos.**—La célebre Hermandad de la Santísima Virgen del Rosario, erigida en la antigua parroquia de Santo Domingo y trasladada temporalmente á la Catedral, ha celebrado la novena de la Santísima Virgen con devotos y solemnes ejercicios de piedad. Todos los días ha habido misa solemne, se ha expuesto al Santísimo, y por la tarde se ha rezado el Rosario en la forma más solemne.

El día de hoy, principal de la festividad, todos los actos del culto se verifican con pompa clásica, y ocupará la cátedra el señor Presbítero Dr. Vilanova, uno de los mejores oradores de la capital.

La Hermandad se propone solemnizar cuanto le sea posible todos los días de Octubre, y en especial todos los domingos, con exposición del Santísimo, con el rezo de todo el Rosario, y con sermones que ha distribuido entre varios predicadores.

"El Católico" á su vez, invita á sus lectores para que asistan á estos ejercicios de tanta gloria para la Santísima Virgen, de tanta utilidad á la Iglesia y de tanto mérito para los que los hacen.

**La fiesta de San Francisco.**—La parroquia de la Merced de esta capital, erigida canónicamente en el templo y bajo la advocación del Santo Patriarca de Asís, y trasladada a la Merced cuando aquella iglesia y convento se convirtieron en el Cuartel de Artillería, cumple anualmente el deber de honrar á

su Santo Patrono, con la solemne celebración de su fiesta.

La de este año ha estado espléndida. Su altar fué adornado con muy buen gusto, el templo decorado con elegancia, la orquesta ofició perfectamente y los actos del culto tuvieron solemnidad de primera clase.

La devoción á San Francisco de Asís, los méritos de la Orden Franciscana y la eficacia de la Hermandad ó Tercera Orden Franciscana para mantener puras la fé y las costumbres católicas en medio del oleaje de errores y de vicios del moderno materialismo, son el objeto de una de las más célebres encíclicas de S. S. el Sr. León XIII.

¡Ojalá que esta produzca todos sus frutos en la diócesis del Salvador!!!!

**Declaración.**—Uno de los periódicos de esta capital ha atribuido al señor doctor don Mariano Orellana la serie de artículos, titulada "*Cabos sueltos*" y firmada por *Un Nene*, que se publica en "El Católico" con motivo de la discusión con el Dr. Reyes.

No es esto solo. Dicho periódico, bajo la influencia de esta equivocación, se permite dirigir al honorable Dr. Orellana graves ofensas personales y faltarle á las consideraciones que justamente se merece.

"El Católico" se cree, en vista de esto, en el deber de declarar, que el señor doctor don Mariano Orellana no es el autor de los artículos firmados por *Un Nene*, y que no ha escrito en sus columnas una sola palabra relativa á la mencionada cuestión.

Además, aunque "El Católico" crea enteramente innecesario vindicar contra tales ofensas la honradez del señor Orellana, por ser bien conocida y universalmente apreciada en toda la sociedad, si tiene la satisfacción de manifestar á él y á sus lectores, la pena que le produce haber sido la causa indirecta, ó el pretexto de aquellas ofensas á una de las personas más ilustradas y apreciables de nuestra capital.

**Agradecimiento y explicaciones.**—Habiendo "El Católico" sido honrado con muchos remitidos, enviados por personas eclesiásticas y seculares, de ésta y de las vecinas repúblicas, relativos á la cuestión sobre la Masonería, cumple el deber de dar á los remitentes las más expresivas gracias, por sus frases de simpatía y de elogio á este periódico.

Aunque "El Católico" esté persuadido de que esas simpatías y elogios provienen, no de propio mérito suyo, sino del aprecio de aquellas personas á la causa que sostiene y á los principios que representa, siempre los recibe con la estimación de que son dignos.

Al mismo tiempo, tiene la pena de darles sus explicaciones y excusas de no haberlos publicado. Unos, porque versan sobre asuntos ya discutidos ó tratados en varios artículos: otros, por su extensión, que llenarían todas las columnas del periódico con una sola materia, lo que es contra el reglamento del periódico. Unos porque, aunque versan sobre materias masónicas muy importantes, no están comprendidas en los escritos del Dr. Reyes; finalmente otros, porque se ha juzgado conveniente reservarlos para su oportunidad.

Estas son las razones por qué la Redacción de "El Católico" se ha limitado hasta ahora, á preferir la publicación de los escritos de solo dos de sus colaboradores permanentes, que forman series ordenadas y

uniformes, al tratar la cuestión bajo sus principales aspectos.

Sin embargo, en el próximo número los suscritores verán algunos de esos remitidos, de los cuales quisiera borrar, si le fuese permitido, las alabanzas á la persona del Redactor, y dejar solamente la interesante doctrina que contienen.

"El Católico" suplica á los escritores que le han honrado y, los amigos que le han favorecido, se digne aceptar su agradecimiento y sus sinceras explicaciones, y que no por esto dejen de favorecerle con sus apreciables remitidos; pues ellos serán publicados oportunamente y siempre ilustrarán mucho á su redactor y á sus colaboradores.

## Cabos sueltos.

¡MIENTES, H.!

He leído, h.: Reyes lo que tú llamas *Sétima contestación á "El Católico,"* y su lectura me ha convencido aún más de lo que ya estaba, de que te confiesas vencido: estás dando manotadas de ahogado, arcadas de muerte. Sería bueno que te pusieses en salvo.

A vuelta de muchas mentiras y de maliciosas apreciaciones en tu último impreso, que, á no dudarlo, es de aquellos "que no están escritos," como los llama el *intransigente* Moratín, me ha llamado mucho la atención la mentira que paso á transcribir, copiándola fielmente de la página III de tu *Contestación*.

"Mientras el sabio arranca á la naturaleza sus misterios, puebla el mundo de líneas férreas, surca los espacios, se pone al habla en el momento con todos los hombres, lucha audaz con la muerte para arrancarle sus víctimas y hace adelantar los conocimientos humanos; el partido de la tradición, horrorizado ante la luz, inventa patrañas para lanzar una parte de la sociedad contra otra."

No creía, lo confieso, h.: Reyes, que llegase á tanto tu ceguera y tu odio al Catolicismo, que te impidiese ver lo que es más brillante que el Sol, á saber: que ese partido, que ese Catolicismo que tú anatematizas en nombre de la ignorancia y del crimen, que son sus únicos enemigos, no solo ha ido siempre á la frente de la civilización y del progreso, sino que es su único autor; que á imitación de Dios, de quien procede, paga con esos y otros más grandes beneficios las injurias que tú y todos los de tu prescito partido, pasados y presentes, lanzan á su augusta frente. Haces muy mal, h.: Reyes, en escupir al rostro á tu bienhechor al mismo tiempo que comes el pan que te ha dado de limosna, y alargas la mano para recibir el nuevo don que continuamente te ofrece. Con semejante conducta, te atraes sobre tu cabeza, además de la indignación del cielo, la execración del mundo.

Mientes, pues, h.: Reyes, y mientes con un descaro que haría las delicias de Voltaire ó del mismo demonio, *padre de la mentira*, como le llama la verdad encarnada, Jesucristo nuestro Dios y Señor.

Aunque dispongo de muy corto tiempo, sin embargo voy á convencerte de la mentira, no ante tu conciencia, que bien sabe que mientes, sino ante las personas sencillas, á quienes tratas de engañar.

En tu peregrina afirmación te llevas de encuentro á todos los católicos de todos los siglos desde el principio del mundo, por qué has de saber que el Catolicismo arranca desde allá,—te llevas de encuentro

á Adán, padre del linaje humano; á Noé, constructor del más asombroso buque que jamás ha habido; á Moisés, el primer legislador é historiador del mundo; á David, el más inspirado poeta y sabio político; á Salomón, el hombre más sabio que no tendrá segundo; á todos los grandes hombres del pueblo hebreo. Te llevas de encuentro ¿qué más?, al mismo *Jesucristo*, nuestro Divino Redentor—¡Ah, h.: Reyes! mejor me hubieras asestado una pedrada á la frente, que no blasfemar como energúmeno de mi amado Salvador! No es mucho, pues, que te lleves de encuentro á las grandes lumbreras de la Iglesia y de la ciencia: á San Pablo, el gran filósofo; á Santiago, el gran moralista; á San Agustín, el gran teólogo que pudo sondear, en lo que es posible, los arcanos misterios del cielo; á San Juan Crisóstomo, el Demóstenes cristiano... á Santo Tomás de Aquino, el águila del pensamiento humano; á Roger Bacon, el padre de las ciencias naturales; á Bossuet, padre de la historia; á Balmes, á de Maistre, ... á Constantino Magno, cuya sabia política hizo retroazar diez siglos la ruina completa del Imperio Romano; á Justiniano, el príncipe del Derecho; á Carlo Magno, el sabio organizador; á Carlos V, el rayo de la guerra... á Dante, Tasso, Petrarca, Lope de Vega, Calderón de la Barca, Santa Teresa de Jesús, Racine, Chateaubriand, ... á Miguel Angel, Rafael, Murillo, ... en fin, ... la mar! h.: Reyes: los grandes hombres de al Iglesia forman un océano sin orillas.

¿Y todos esos eran para tí unos *ignorantes* H.: Reyes? Muy sabio debes de ser tú, pues. Si tú llamas *ignorantes* y *tránsfugas de la luz* á esos grandes genios, ante quienes el mundo entero dobla reverente sus rodillas, ha de ser porque te ciernes tú en un horizonte más elevado y nadas en un piélagos inmenso de luz esplendorosa! ¿Qué digo? Si conceptúas de *ignorante* y enemigo de la luz al mismo JESUCRISTO, ¿en dónde te encuentras tú? ¿Has subido mucho más alto que el Hombre-Dios? En vano te buzcas mis ojos en esa inconmensurable altura, en esa inmensidad: ¡te perdiste en las alturas del cielo!...

Pero quiero acabar de convencerte de mentira. Vamos á cuentas.

Tú dices que, mientras los *sabios* hacen adelantar á la humanidad, los *católicos* huyen horrorizados de la luz. Atribuyes á los otros la conducta que tú y los tuyos observan, pues *solo huyen de la luz los que obran mal*, según dice el Evangelio.

Aunque tu te llevas de encuentro á todos los católicos, sacerdotes y legos, hombres y mujeres, solo quiero ponerte ante los ojos la lista de los sacerdotes sabios, aunque no de todos, porque sería impesible.

Comencemos, pues, por la *Astronomía*. ¿Conoces tú al P. Secchi, lumbrera de la astronomía, inmortal autor de "*El Sol y Las Estrellas*" é inventor del *Meteorógrafo*; al P. Parsinetti, inventor del *Anemómetrografo*; al P. Casselli, inventor del *Pautelógrafo*? ¿Conoces tú á los PP. Perry, Marín, Leafourt, Viñes y Deuza, directores de Observatorios astronómicos? ¿Conoces á los PP. Bonillier, Serpieri, Ferrari, Lamey, Raillard, Braum, Capelleti, Rosa, Gelin y Aoust, conocidos en el mundo por sus notables trabajos astronómicos?

En *Ciencias Naturales*, tienes tú los esclarecidos nombres de los Padres Bertelli, del ya citado Raillard, autor del *Multiplicador eléctrico*; Chapey, inventor del *Telómetro acústico y óptico*; Allegret, *de Contador solar*; Cecchi, del *Nefoscopio*; del citado Deuza, del *Anemógrafo* que lleva su nombre; Vidal, del *Alcohómetro perfecto*; Filhol, del *Electrógono constante*; de Derbey, Boulay, Hende, Lealaune, Itoppani, el canónigo Lalande, Laray... é infinitos más.

En *Geografía é Hidrografía*, no hay que decir que los misioneros católicos se han llevado y se llevan

siempre la palma, según lo asegura el gran geógrafo Malte-Buin.

En *Historia Natural* tienes tú, entre mil, á Olao Celsio, maestro de Linneo, quien le llama *fundador de la Historia Natural*; al canónigo Haüy, á Fortis, Pini, Próspero Dollinger, Camelli, Bocconi, de la Croise, Petit Radel, . . . . .

En las *Ciencias Físicas*, tienes los aparatos que llevan los nombres inmortales de los sacerdotes Mariotte, Nollet, Mellani, Castelli, Gumaldi, Mersena, Caselli y otros muchos. Tienes á Kincher, que inventó la *linterna mágica*; á Rheita, inventor del *anteojo de larga vista*; á Roger Bacón, de la *pólvora* y los *lentes*; al dominico Spina, de los *anteojos*; á Maguáu, del *microscopio*; al Cardenal de Cusa, verdadero inventor del *higrómetro*; á Loumille, del *termómetro*; á Chappe, del *telégrafo*; á Caselli, del *pantelégrafo*; á Noel, de la *señal de alarma*; á Corutois, del *freno instantáneo* para parar los trenes, á . . . no acabaríamos nunca!!

En *Matemáticas*, tienes al célebre Regiomontano, obispo de Ratisbona, á Cavaliere, á Esteban de Angeles, á Silvestre II, autor de la primera *aritmética decimal*, como el Algebra reconoce por padre al fraile Lucas de Borgo. Tienes á Mersena, Labaubere, René Reyneau, Saccheri, etc. etc.

En *Geología, Paleontología y Prehistoria*, brillan los PP, Cesi, Kischer, Bourgois, Delaunay, Valioger, Maillard, Croizet, Lambert, Cascane, Vallet, Hamy, Ducrot, Marchand, Maignan, Pianciani, Gainet, Choger; etc. "¿Y quién, pregunta Maorolle, quién ha dado organización é ideal á todas las ciencias geológicas modernas, sino el modesto capuchino, tan conocido de los sabios, el P. Andrés de Gy, autor de una *Teoría de la tierra*, que Cuvier hizo admirar al Instituto de Francia?"

¿Y quién no conocé al célebre Abate Maigno, *resumen de todas las ciencias*, como le llaman los sabios?

No hay para qué nombrar los otros ramos de los conocimientos humanos, tales como Literatura, Historia, Arqueología, Lingüística, Bellas Artes, Filosofía y Teología. . . . ¡Qué de nombres gloriosos en este terreno!

Esos son los que tú dices que huyen de la luz, h.: ¿En donde estabas tú, cuando ellos, obreros infatigables de la civilización, hacían adelantar á la humanidad? Qué has hecho tú, en bien del género humano? Ahí están tus obras: sembrar la irreligión en el corazón de la juventud. ¡Y tú eres el hombre de la luz! Midete con el más pequeño de esos hombres que acabo de nombrar, y verás que no eres digno de besar el polvo que han pisado sus pies!

En otra ocasión, pues, h.: Reyes, midete un poco más en el hablar, porque, sábetelo, que en Centro-América no hay solo salvajes.

Tu hermano,

EL NENE.



## La Octava Contestación á "El Católico"

POR EL SR. DR. REYES

Habiendo el Dr. Reyes repetido innumerables veces, en su Refutación y en sus contestaciones, que la *Masonería no ataca á la Iglesia*, y habiendo retado á "El Católico" á que le citase siquiera un solo documento, ó un solo hecho, ó un solo argumento comprobante de la supuesta persecución; este periódico le citó y reprodujo en su última réplica, la *Circular* que la Alta Masonería de Italia dirigió á todas las

Logias de su obediencia, que es á la vez el documento irrecusable, y el hecho evidente y el argumento perfecto del combate de la Masonería al Catolicismo.

Esa Circular es el documento irrecusable de la referida persecución, por la autoridad de su origen, por su carácter oficial, por su forma legal; es el hecho evidente de la misma, porque contiene el más perfecto plan de ataque, con sus detalles más minuciosos, con su táctica y estrategia, con sus armas y posiciones; es finalmente el argumento más filosófico, pues aduce las razones, motivo, fin, medios y carácter de la persecución que se pretende hacer universal, uniforme y simultánea.

Era de esperarse, según las leyes de la controversia; que la *Octava Contestación*, correspondiente á aquella réplica de "El Católico," se ocupase de la Circular, y que la impugnase ya como documento, negando su autenticidad ó su autoridad; ya como hecho, explicándola en sentido favorable á la Masonería; ya en fin como argumento, negando su existencia ó su fuerza demostrativa, para vindicar á la secta del cargo de perseguidora y contraria al Catolicismo.

Pero nada, nada de eso. El Dr. Reyes, siguiendo su invariable costumbre de no insistir jamás en el verdadero punto discutido, y de aglomerar cargos sobre cargos, pasajes sobre pasajes *históricos*, publicó en su folleto, impropriamente titulado *Contestación* (pues no contesta nada sobre la Circular), una "*lista de masones notables, . . . una poesía recitada en la Logia de Costa-Rica . . . . . y unas palabras de Victor Hugo.*"

"El Católico" pudiera lícitamente, conformándose con las reglas de la polémica científica, prescindir por completo de esos tres puntos; porque, según ellas, cuando el adversario prescinde de su tesis primitiva, para ir de cuestión á cuestión y de punto á punto, demuestra que su intención es *enredar* y no sostener la discusión, que pretende no esclarecer la verdad, sino lucir vanidosamente su sofisteria.

Sin embargo, siendo aquellos tres puntos referentes á afirmaciones incidentales ó accesorias que "El Católico" hizo en sueltos separados, va á ocuparse de ellos para demostrar que los tres puntos, lejos de ser favorables á la opinión del Dr. Reyes, son enteramente conformes y corroborantes de las afirmaciones de "El Católico."

### I.º "*Nónima de Masones Ilustres.*"

Para hacer creer que la Masonería es buena y no contraria á la Religión Católica, el Dr. Reyes afirmó que Pío IX antes de ser Papa, varios virtuosos cardenales, obispos y sacerdotes, y muchos católicos notables han pertenecido á las logias. "El Católico," al refutar lo de Pío IX, respondió que aquellos eclesiásticos y católicos ni son tantos ni tan virtuosos como se asegura y que, según un periódico mexicano, es antigua costumbre de la Masonería apropiarse á los personajes más notables en virtud, en ciencia ó en posición.

Sin duda para desmentir esto último, el señor Dr. Reyes se toma el trabajo de copiar la estensa *nónima de masones ilustres* en los últimos ciento cincuenta años, formada por Larouse, y de llenar con ella siete páginas de su *Octava Contestación*. Pareciéndole poco aún, agrega un párrafo de masones franceses; y como *lo que abunda no daña*, llena dos planas mas con nombres de masones que omitió Larouse, y termina con otro párrafo de masones *ilustres* mexicanos, centro-americanos, de Colombia y del Ecuador. . . . .

Antes de hacer observaciones á la lista de Larou-



se, observemos la ninguna fé que merece el autor en este punto.

Sabido es que el enciclopedista Pedro Larouse es uno de los masones más exaltados, y de los que han escrito más en favor de la Masonería con fanatismo tan ciego, que ha caído en las más ridículas, absurdas y criticadas falsedades. Prueba de esto es su *Biografía de Pío IX*, en la cual, quiso precisar tanto la época y lugar de su pretendida iniciación masónica, que la colocó en Italia y cuando Pío IX tenía solo diez y ocho años de edad, sin acordarse de que, por los Estatutos de la Masonería italiana, ningún individuo hijo de padre extraño á la secta puede ser afiliado antes de cumplir 21 años. Esto puso en pública exhibición y en completo ridículo el fanatismo masónico de Larouse.

Esto no quita que el Dr. Reyes le honre con los calificativos de *historiador imparcial*, . . . de *respetable autoridad*, . . . de *célebre enciclopedista* &, (como suelen hacerlo entre sí los h.: h.:) y que le dedique el siguiente *como dilema*, para recomendar más su lista:

“Pedro Larouse merece crédito, por ser un escritor imparcial?”

“Si Larouse es masón, ¿qué honra para la Masonería tener un miembro de tanto mérito!”

“Si no lo es, ¿qué datos tan interesantes los que suministra. . . .”

Llamamos esto *como dilema*, porque en realidad no es dilema, sino un verdadero *sofisma*: pues además de tener, contra las leyes dialécticas, dos conclusiones [*gloria de la Masonería y datos interesantes*] en lugar de una sola, que debía ser *el crédito merecido por el autor*, puede además convertirse contra el adversario así:

“Larouse no merece crédito, sea ó no sea masón: si es masón, por qué es parcial; si no es masón, por qué suministra datos falsos.”

Acerca de la *nómina de masones ilustres* para probar que muchos y muy virtuosos católicos son masones, observamos:

1.º Que una gran parte de ella contiene los nombres de alemanes protestantes y de ingleses ó americanos anglicanos, los que, al ingresar en la Masonería, lejos de infringir su religión, obran conforme á ella, por el común odio del protestantismo y de la Masonería contra el Catolicismo. Esa gran parte pues de la lista, está fuera de discusión.

2.º Otra parte, no menor de la *nómina*, consta de católicos que, como Voltaire, Volney, Proudhon, los *héroes* de la Revolución Francesa &, &, merecen el nombre de *católicos*, pero solamente como Scipion, el destructor de Cartago, mereció el nombre de *Africano*. Esta gran parte de la lista pues, está fuera de la discusión.

3.º Que otros muchos, muchísimos de la lista [sin contar los que nunca fueron masones, como Pío IX] se afiliaron y permanecieron por algún tiempo en la Secta, pero después abjuraron de ella, retractándose públicamente, y volvieron al seno de la Iglesia muriendo en la penitencia y con los sacramentos. Estos, que son los más notables, están pues, ó fuera de la discusión, ó están en la discusión para confundir á la Masonería.

Separadas esas tres grandes secciones de la *lista de masones notables*. ¿qué queda de ella? Un repugnante y pequeño grupo de católicos *póstatas* de su fé, rebelados contra su Iglesia; cuyos vicios y extravíos escandalizaron hasta á los mismos impíos, y que coronaron su vida desgraciada con una muerte impía ó con la desesperación del suicidio.

Desengáñese el Dr. Reyes, jamás encontrará, por más que remueva los registros de las Logias, y por

más que llene planas y planas con listas y nóminas, un solo católico verdadero que sea masón. Porque para ser católico, es necesario dos condiciones esenciales, 1.º creer la doctrina de Cristo, enseñada por el magisterio de su Iglesia; y 2.º obedecer la autoridad de Cristo, representada por la autoridad de su Iglesia. Afiliarse á la Masonería, declarada secta anticatólica por aquel magisterio y excomulgada por aquella autoridad, es apostatar de la fé católica y separarse del gremio de la Iglesia, dejar de ser católico!!

Luego la *nómina de masones ilustres*, formada por el masón Larouse y copiada por el H.: Dr. Reyes, en su *Octava Contestación*, para hacer creer que la Masonería es buena y no contraria á la Religión Católica, lejos de ser favorable á su opinión, es enteramente conforme y corroborante de la doctrina sostenida por “El Católico”, de que la Masonería es pésima y anti-católica.

#### 1.º “La institución Masónica,”

Este es el título de la poesía recitada en una Logia de San José de Costa-Rica por un Aprendiz, en el acto de su iniciación en el ínfimo grado.

El Dr. Reyes llena nueve planas de su *Octava Contestación á “El Católico”* con las estrofas de dicha poesía, que consideramos, no en sus aspectos científico literario y poético, sino solo en su carácter *profesión de fé de la Masonería*, como la declara el mismo Dr. Reyes.

Y en primer lugar: ¿con que la Masonería tiene fé, . . . y profesión de fé? Luego entonces es falso, falsísimo, lo que el Dr. Reyes tanto había repetido en su Refutación y en sus Contestaciones, que la Masonería *no profesa ninguna creencia*, . . . *que cada masón puede creer y profesar lo que quiera*, . . . que la Masonería *no impone creencia alguna* &. . . .

Además, en cuanto á las circunstancias de esa *profesión de fé de la Masonería*, es extraño que debiendo por su gran importancia haberse formulado en las más altas Tras-logias de la Orden, se haya hecho en una Logia de San José de Costa-Rica, que, por muy adelantada que sea, no puede considerarse como la cúspide de la Masonería. Parece más extraño aún, que la tal *profesión de fé de la Masonería* se haya promulgado, no en la solemnidad especial de algún Soberano Consejo de Muy Ilustres Soberanos Grandes Inspectores Generales, sino en la solemnidad de una Logia inferior, con ocasión de recibir á uno en el ínfimo grado. Parece extrañísimo, que la *profesión de fé de la Masonería* se haya redactado, no por un 33.º siquiera, sino por un simple aprendiz y en el momento mismo de su primera iniciación.

Pero dejando las circunstancias, vamos á la sustancia de la pretendida *profesión de fé masónica*. El Dr. Reyes no negará, que en toda sociedad que tiene una *profesión de fé*, un *símbolo de fé*, todos sus asociados deben necesariamente profesar esa fé y aceptar ese símbolo, so pena de dejar de pertenecer á ella. Así sucede en la Iglesia Católica, cuyo CREDO es repetido por todos los católicos, en todos los tiempos, en todos los lugares, en todos los idiomas; y si alguno no admite ese símbolo, ó niega alguno de sus artículos, ó duda formalmente de alguna de sus verdades, en el instante y en el mismo hecho deja de ser católico.

Ahora bien, si la Masonería tiene su profesión de fé, y si esa profesión de fé está formulada en la poesía de que tratamos, como lo afirma el H.: Reyes, todos los masones del mundo, incluso los escritos en la *nómina de masones ilustres* formada por Larouse y aumentada por el Dr. Reyes, deben conformarse á lo que en esa profesión se formula. Suplicamos por tanto al señor Dr. Reyes que, tomando en una ma-

no la *poesía* y en la otra la *lista*, se sirva contestar las siguientes preguntas.

Si la *poesía*, profesión de fé de la *Masonería*, dice:

*"Cristiano y liberal es ser masón;"*

¿creará lo primero el *notable masón* de la lista, Askeri-Hhan, Príncipe de la familia imperial de Persia y por consiguiente *mahometano*, y creará lo segundo el *otro masón notable de la lista*, Alejandro Duque de Wurtemberg, tío del Emperador de Rusia, y por consiguiente partidario del *absolutismo*?

Si la *poesía*, profesión de fé de la *Masonería*, hablando del Evangelio, dice que fué escrito por *"La mano divina de Jesucristo,"* ¿crearán éstos los *notables masones* racionalistas, que dicen que Jesucristo no es Dios, sino puro hombre; y los *mañones* que, como Renan, dicen del Evangelio que es un *"tegado de imposturas y de fabulas?"*

Si la *poesía*, profesión de fé de la *Masonería*, dice:

*"No hay otro sino Dios, no hay otra fuerza que los mundos dirija en el vasto;"*

¿profesarán ese artículo, los *notables masones* y naturalistas modernos, que tratan de explicar el sistema del universo sin el concurso de Dios?

Si la profesión de fé masónica dice:

*"Del Gólgota brotaron los raudales  
En que la humanidad su sed apaga;"*

¿crearía esto el H.: Voltaire, cuando llamaba á Jesucristo el *infame* y cuando se esforzaba por *aplastar al infame!* Lo creerían los Grandes Orientes, al declarar que el objeto de la *Masonería* es *destruir la religión de Jesucristo, y hasta la idea cristiana?*

Si la profesión de fé masónica dice del masón: *"En cada semejante ve un hermano,"* ¿los *ilustres masones* de la lista, que figuraron tanto en la Revolución Francesa, creerían ese artículo de fé, cuando mandaron á la guillotina centenares de millares de sus semejantes; y el mismo *célebre masón* Guillotin, (puesto en la lista) lo creería, al inventar la guillotina para sus hermanos?

Si la *poesía*, profesión de fé de la *Masonería*, dice de Dios:

*"Que derrama los gérmenes fecundos  
De la vida y la luz: El Criador!"*

¿creará esto el célebre H.: Proudhon, cuando dice: *"Dios es el mal."*

De las contestaciones á estas preguntas y á mil otras semejantes que pudieran hacerse, debe deducirse: ó que no existe dicha *fé y profesión de fé de la Masonería*; ó que si existe, es una máscara para engañar á los profanos y aprendices del primer grado, y es el ludibrio y el desprecio de los *masones ilustres* de la lista formada por Larouse y aumentada por el Dr. Reyes.

Luego la *poesía* copiada en la *Octava contestación* y declarada por el H.: Reyes *profesión de fé de la Masonería*, para hacer creer que la secta es buena y no contraria á la Religión Católica, lejos de favorecer su opinión; al contrario, favorece y corrobora lo dicho por "El Católico," esto es, que la *Masonería* usa de caretas hipócritas, para ocultar su odio á la religión y su persecución al Catolicismo.

### III.—Palabras de Víctor Hugo.

Estas son las que el poeta francés dirigió al sabio Obispo de Orleans, el Ilustrísimo señor Doupauloup, con el título *"Al Obispo que me llama ateo,"* cuando éste le probó evidentemente en una discusión pública, que sus opiniones absurdas y contradictorias acerca de Dios equivalen al ateísmo indirecto, puesto que su último resultado es un dios que no existe ni puede existir, un dios falso, un *no dios*.

Víctor Hugo, gran poeta; pero no gran filósofo ni teólogo: muy acostumbrado á los fantásticos ideales de la *poesía* y la dulce cadencia de las frases, pero no muy versado en los severos principios de la ciencia y en las estrictas leyes de la controversia científica, se encontró en ese terreno ante el sabio y profundo Prelado, como el pez fuera del agua, como la planta equinocial en el polo. Su contestación al señor Doupauloup fué precisamente la poética y sencilla confesión de lo que éste había afirmado; esto es, que talvez sin quererlo Víctor Hugo, negaba todos los dogmas católicos y profesaba el naturalismo, vecino del ateísmo. Esto dió mucho que reír á los asistentes.

En efecto, Víctor Hugo en la primera parte de su contestación, niega todos y cada uno de los dogmas del Catolicismo, con frases inspiradas, no se sabe si por la mas sublime *poesía*, ó por el mas sublime miedo á su elocuente adversario. Declara que no cree en un Dios *trino y uno* (dogma de la Trinidad); en un Dios *Hijo, pálido y desangrado por los clavos* (dogma de la Redención); en Dios *castigando á los hijos por faltas de sus padres* (dogma del pecado original); en un Dios *temible en ningún pan ásimo* (dogma de la Eucaristía, equipara á Jesús con Sócrates, (niega la Divinidad de Jesucristo)... &, &, &.

En la segunda parte, confiesa el mas absoluto naturalismo, pues confiesa que el Dios en quien él cree es: *"El todo vertiginoso de los seres, que habla por la voz de los elementos, sin sacerdotes, sin biblias, con el abismo por libro y con el cielo por templo... es el vasto desconocido, que no se nombra, ni explica, ni comenta ningún Deuteronomio... que no se enfada por que se profesan mutuo amor dos corazones porque vé la naturaleza donde tú, (el señor Doupauloup,) ves el pecado... &, &, &."*

El Dr. Reyes, encantado con esa negación de los dogmas católicos y con la afirmación de ese naturalismo ateo, copia con verdadera fruición ambos párrafos de Víctor Hugo, y llena con ellos cuatro planas de su *Octava contestación*.

Y esto ¿con qué fin?

—Pues para presentar á aquel *anciano-niño*, como le llamó Mons. Doupauloup, como el Gran Pontífice de la *Masonería* y para probar con su autoridad poética (como con la autoridad de la *poesía* de San José de Costa-Rica), que la *Masonería* no niega los dogmas católicos y está muy distante del ateísmo.

Juzguen nuestros lectores, si las palabras del H.: Víctor Hugo copiadas por el H.: Dr. Reyes, son favorables á lo que éste pretende probar, ó si mas bien favorecen y corroboran lo que sostiene "El Católico," esto es, que la *Masonería* es una secta absolutamente contraria á la fé católica y justamente censurada por ateísmo.

**Buena Cosecha.**—Escriben de Lóndres: "Seis ministros anglicanos abrazaron el Catolicismo el domingo cuarto de Junio, haciendo su abjuración ante el Cardenal Manning en su capilla de Westminster. Uno de ellos el Rev. C. W. Wollsend había ya recorrido una brillante carrera en las filas del clero anglico: había sido vice-rector del Colegio teológico de Salisbury, y jefe de la misión universitaria de Oxford y Calcuta. Los círculos de la Universidad de Oxford están muy alarmados por haber comenzado de nuevo estas conversiones.